

Kesselman, Violeta

Intercambio sobre una organización. - 1a ed. - Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2013.

84 p. ; 18x13 cm.

ISBN 978-987-28565-8-8

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

© 2013 Violeta Kesselman

© 2013 Blatt & Ríos

Larrea 328 3° B

C1030AAH, Buenos Aires, Argentina

Diseño de colección: Trineo Comunicación

Diseño de tapa: Mica Hernández

Imagen de tapa: Detalle de *Boceto para un mural*, de Leandro Tartaglia

Blatt & Ríos es un sello de Recursos Editoriales

blatt-rios.tumblr.com

facebook.com/BlattRios

www.recursoseditoriales.com

RECURSOS EDITORIALES

ISBN: 978-987-28565-8-8

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Intercambio sobre una organización

Luz congelada, campera de pólar, enfermo. Inhala más flema y su mente se desdibuja, pero antes lee en la pantalla el mensaje que le escribió un conocido. Entiende que le está ofreciendo un trabajo y que habla de plata. Pero además hay algo raro en las frases, como de buscar empatía ideológica, que le hace hacerse preguntas. Son las siguientes: qué quiere, por qué, quién es, de dónde viene, a dónde apunta. En un terreno de intereses llamados políticos, por una zona también amplia aunque menos, la izquierda, dónde está, en la academia, en internet, los domingos en un suplemento, en el bar, en el barrio, manipulando galletitas en un merendero, con un proyecto de ley, en una agrupación de profesionales, en una de estudiantes, en cuál sindicato, contra el trabajo en negro, a favor de la educación popular, en una charla, en el partido de gobierno, transversal a él, dentro de la gestión, en el peronismo, en una organización a cuántos grados del Estado, en alguna parte de la izquierda sedicente más lúcida, de qué lado de la puerta queda en las reuniones de las que los troskistas quedan afuera. Se pregunta también lo fundamental: qué quieren esos con los que está.

Al que le escribe lo conoció en una reunión de personas que querían juntarse a hacer algo pero no sabían bien cómo. Eran un amigo, la hermana de ese amigo, y amigos de esa hermana, todos de un partido universitario involucrado en grupo de estudio, entre ellos, el que ahora le escribe. Le sorprendieron los ojos, que transmitían varios afectos. Por ejemplo, tengo la boca seca. O: me tengo que ir. O bien: hago

y agradezco. O uno más que en el fondo era aplicable a todo el mundo: alguien me domina y yo domino a alguien. En esa época, su propia mujer le decía a él: les revisás las manos a todos para ver si tienen callos de repartir volantes; y él le decía a su propia mujer: no seas rígida, no sólo volantes; ella le mostraba el revés del labio inferior; en el fondo, era cierto que les perseguía las caras, las expresiones, el vocabulario a todo el que conociera para saber qué le pasaba por la cabeza. Un tiempo más tarde, cuando volvieran a hablar de hacer algo concreto, la hermana de su amigo iba a haber entrado en un partido cercano al oficialista por el que al momento de la reunión solamente tenía afinidad y su amigo iba a estar saltando a los gritos hasta las partes sin letra del himno. Los otros, cada cual por su lado y no por nada en particular, iban a haberse perdido para él.

Después de ese encuentro se lo cruzó tres veces al que ahora le escribe. En todas trató de ver en qué andaba, y en todas fue derrotado. La primera dejó pasar la oportunidad, la segunda los dos estaban sin tiempo, la tres el cruce de sonidos de un embotellamiento le bloqueó la razón. Todo eso armó un estado de cosas donde lo conoce pero en realidad no lo conoce. Y ahora, ahora... Los conductos erizados de sus bronquios no van a ser rémora; va leer seis veces el mensaje que el tipo le mandó, hasta lo que sea que venga primero: que la información le entre en la cabeza o que la cabeza, pesada de moco, se le desconecte.

De nuevo confuso y puntuando raro, ya sin hablar de plata, en un segundo mensaje el tipo cuenta un poco de su ahora ex organización. Primeras líneas: durante seis años a fin de siglo viaja una hora y media hasta el lugar que no

llama "el barrio", con el sustantivo común, sino que da su nombre. Respira el aire frío del cuarto, sigue leyendo. La manera en que viaja y qué le pasa a su círculo de relaciones extra militancia: entra en tensión. A él se le van iluminando en la lectura puntos del cerebro: un colectivo de número alto y ramal específico, la fábrica de nombre tal, tal otro nombre, debe ser ahí, es ahí. Suena el teléfono justo cuando los términos del mensaje viran hacia lo particular y empiezan a definir por extensión (atiende y cortan): comedor, horno de pan, huerta, lengua, ladrillos recuperados punto reconcentrado crisis corte ruta cien personas carne frigorífico. Los períodos de esta parte son más largos, respira la sintaxis; es la época en que la organización se despliega con firmeza. Aunque hubiera podido, el que le escribe no le escribió nada sobre el paisaje de la hora y media del viaje en colectivo o la imagen del terreno previa ni posterior a la llegada del grupo de militantes; tampoco alguna historia de alguien que evidenciara al mismo tiempo y fundidas la excepcionalidad de cualquier experiencia vital con la determinación histórica de esa misma experiencia. Él no se da cuenta entonces de si es capaz de transmitirla, aunque sabe puede transmitirse. Un punto aparte borra el viaje en el colectivo y la descripción de posibles personas que van a la misma hora hacia el mismo lugar pero por motivaciones distintas. De los compañeros de militancia, de los asientos del colectivo rotos, de cómo tardan más y no paran los colectivos en provincia no hay presencia, tampoco de miserabilistas acentos de mala fe sobre un supuesto sacrificio. En el fondo es también una carta de asuntos privados, pero esos varios años no están durando ni diez renglones; es tan así que entre el comienzo y el fin de la lectura del mensaje no cambia la luz que da en los balcones vacíos de enfrente.